

EL EMPECINADO

José Agustín Goytisolo

En Zaragoza, y antes de fin de año, puede verse el retrato que Goya pintó a Juan Martín Díaz, el Empecinado. Se le llama así por su obstinación y su terquedad en diezmar a las tropas francesas durante la Guerra de la Independencia. Hoy día a los habitantes de su pueblo natal, Castrillo del Duero, se les llama, en esa zona de Valladolid, empecinados, o sea, tozudos, tercos.

El Empecinado no era militar, pero reclutó y adiestró a otros campesinos, como él, y se echó al monte. Fue, entre tantos, jefe de una partida de guerrilleros, nombre despectivo que los franceses llamaban a los que no se batían en campo abierto, sino a los que les tendían emboscadas, diezmaban y desaparecían.

Juan Martín Díaz, el más famoso de los guerrilleros, eligió los parajes quebrados de Cuenca, Guadalajara o Teruel, que le convenían más que los llanos de Castilla. Fue nombrado Mariscal de campo por la Regencia, y degradado por el esperpéntico Fernando VII; por sus ideas liberales, se pasó al bando del General Riego, durante el trienio liberal, 1920-23.

Cuando los Cien Mil Hijos de San Luis devolvieron el poder absoluto a Fernando VII, el Empecinado fue condenado al patíbulo, pero rompió sus esposas y murió a bayonetazos. Luego colgaron su cadáver.